EL TEATRO DE LO POSIBLE

"*Existe el otro teatro, aquel que no tiene recursos mediáticos para venderse, ni tampoco cuenta con intérpretes famosos. Sin embargo posee un elemento primordial en su gestación, y es su rebeldía. ¿Qué es un rebelde? Según Camus, "un hombre que dice no." Y para mí el teatro, el otro teatro, mantiene aún esa capacidad de proponer un cambio. No le interesa solo entretener o buscar reconocimiento. Se sabe incómodo pero no abandona su tarea. Por eso es necesaria su presencia en el panorama teatral."*

Mario Delgado
Director de Cuatrotablas- Lima

El Teatro del Norte cumple treinta años.
¿Cómo se mantiene una compañía de teatro durante treinta años?
Tal vez todo sea producto de la obstinación, de la enfermedad del alma, de la vocación, de la suerte, del miedo al vacío, y de las razones del corazón que, como ya se sabe, la razón no comprende.
Treinta años es un camino muy largo, un camino lleno de dificultades, que muy pocas compañías son capaces de recorrer. Y las que lo consiguen descubren que todavía les espera un camino aún más difícil, dominado por la incertidumbre, la indiferencia, el peso de la edad y el desaliento.
Y sin embargo el haber recorrido estos treinta años de actividad teatral continua nos llena de orgullo, de alegría y esperanza. No debemos quejarnos, hacemos lo que más nos gusta y no hemos sucumbido al paso del tiempo, ¿qué mas podemos pedir?
Han sido treinta años de búsqueda incesante del *cómo* y el *por qué*, del *que* y el *cuando*, de búsqueda del sentido, y aunque una compañía de teatro se define por sus espectáculos, por su repertorio, el repertorio del Teatro del Norte creo que es una respuesta clara a todas esas preguntas.
Treinta años en los que el teatro ha ido cambiándonos, por dentro y por fuera, pues el teatro siempre cambia al que lo practica, y eso no solo lo sabemos nosotros, sino también nuestros múltiples alumnos. El teatro es sanador, nos transforma, y nosotros podemos dar testimonio de ello.
Pero también han sido treinta años de lucha constante, de aliento y desaliento, de éxitos y fracasos, de dificultades humanas, financieras, artísticas. Treinta años de caernos y ponernos nuevamente en pie de forma

constante. Treinta años que nos han enseñado a entender y a practicar el teatro como un exilio. Extranjeros en nuestra propia patria.

Y han sido también treinta años en los que numerosos actores y actrices, cinco generaciones mas o menos, han ido poniendo con su trabajo los pilares de este edifico que llamamos Teatro del Norte. Sin su entusiasmo y su entrega el Teatro del Norte no hubiese resistido el paso del tiempo. Como tampoco lo hubiese resistido sin el apoyo incondicional de espectadores, alumnos, amigos y familiares que constituyen ese *amigo secreto* que nos mantiene y estimula. Sin ellos, sin su fidelidad inquebrantable, nuestro teatro carecería de valor. Ellos son los cimientos fundamentales sobre los que se sustenta el Teatro del Norte.

Por desgracia, el teatro no puede guardarse en un museo, o perpetuarse en un libro o en una película, y por eso, de estos treinta años, no queda casi nada: algunos papeles, algunas fotos, algún video, algún vestido, alguna máscara, pequeños restos de naufragios olvidados y casi imposibles de reconstruir. Pero, por suerte también, el recuerdo de estos treinta años queda en la memoria de muchos espectadores, fragmentada y dispersa, pero viva a pesar del paso del tiempo. Ese es el autentico museo de nuestro teatro, la memoria de los que nos vieron y la memoria de los que lo hicimos. ¿Puede haber un arte más estrechamente unido a la condición humana?

Pero resistir durante treinta año es también la radiografía de de un fracaso. Fracaso ante el éxito esperado, y que nunca acaba de llegar. Fracaso porque nuestro teatro no interesa ni a la sociedad ni a los políticos que nos gobiernan. Fracaso porque nuestras vidas se van consumiendo en un esfuerzo inútil similar al de Sísifo. Pero este fracaso, curiosamente, nos ha enseñado que nuestro teatro si que tiene importancia para nosotros, que nuestro teatro es un refugio, un santuario, que nos permite protegernos de las contingencias del tiempo y el espacio que nos ha tocado vivir. Que nuestro teatro nos ha permitido salvaguardar nuestra identidad, como artistas y como personas, nos ha convertido, finalmente, en soñadores con los ojos abiertos.

Por eso ahora, con la perspectiva que dan los treinta años recorridos, nos planteamos un Teatro de lo Posible.

Si al comienzo de esta andadura, en 1985, hablábamos de *teatro secreto que, si alguna vez se muestra al público, será para enseñar a los otros en que consisten los propios secretos, la propia cultura, las propias fuentes secretas de la vida.* Si en 2005, al cumplir los 20 años, hablábamos de *soñar autores y personajes – Antígona, Rosita, Chejov, Cervantes…* -, *hablábamos de poner en pie una dramaturgia de los sueños*. Ahora, al cumplir los 30 años, hablamos de un Teatro de lo Posible.

Si al principio el público fue testigo, y luego espectador, ahora el público es compañero.

Compañero de este largo viaje que posiblemente algún día tendrá su fin o, como en el viaje a Ítaca, el propio camino sea el fin.

Un Teatro de lo Posible que aún nos permita aprender, que no nos asfixie ni nos margine, que nos permita seguir creciendo como personas y como compañía, que nos permita seguir dialogando con el público, y que no sea el principio de nuestro fin. Que se ramifique cada vez más en actividades diversas: espectáculos grupales y personales, pedagogía, Universidad, trabajo en la Cárcel, trabajo con alumnos de Secundaria, demostraciones de trabajo, microteatro, etc. Todo un espectro de posibilidades que amplifiquen la dimensión social de nuestro teatro, que conviertan nuestro quehacer teatral en una fuerza transformadora. Y, sobre todo, un Teatro de lo Posible para todos esos compañeros de viaje – nuestros amigos secretos - que nos sustentan y nos sigue en representaciones, cursos, demostraciones, etc.

Un Teatro de lo Posible que nos permita seguir existiendo, que nos permita seguir manteniendo nuestros principios, nuestra cultura como grupo, sin tener que ceder ni un ápice a estos *tiempos sombríos* que nos ha tocado vivir.

Porque tras treinta años hoy sabemos que estamos en otro tiempo. Pero, ¿qué tiempo es este? ¿El del desconcierto? ¿El de seguir peleando? O ¿el de arrojar la toalla? Demasiadas preguntas y casi ninguna respuesta.

Porque tras treinta años hoy sabemos que nuestro teatro no interesa mucho, pero también sabemos que a nosotros si que nos interesa. Por eso tenemos que seguir remando, remando ahora más que nunca, para no perder lo conseguido, para no retroceder ni un palmo, para poder hacer un Teatro de lo Posible, para nosotros y para nuestro público.

Lugones
15-9-15